

# *Recensiones*

---

## SAGRADA ESCRITURA

A. DESTRO - M. PESCE, *Cómo nació el cristianismo joánico. Antropología y exégesis del evangelio de Juan*, Santander, Sal Terrae, 2002, 245 pp., 21 × 13,5 cm.

Adriana Destro y Mauro Pesce, profesores de antropología cultural e historia del cristianismo respectivamente, abordan en esta obra un tema difícil. Intentan, siguiendo el rastro del escrito joánico, dar razón de su origen. Por qué se formuló así el hecho de Jesús. Los autores parten de la exégesis del evangelio y del ambiente socio-religioso contemporáneo del mismo. El evangelio —según ellos— da razón del proceso que siguió la comunidad joánica hasta llegar a su formación. Diríamos que los dos pilares sobre los que se funda toda la investigación se basan en los ritos y en el discipulado, o, si se prefiere, sólo en el discipulado, a cuya identificación se dirige todo el escrito. En las diversas fiestas judías y en numerosas alusiones de carácter ritual se descubre cómo el grupo va buscando su identificación como entidad diferenciada del mundo judío en el que se siente inmerso. El discípulo en su proceso de identificación va recorriendo un largo camino hasta encontrarse cómodo con la religión redescubierta; se siente diferente de los otros. Los autores van siguiendo el rastro de estas dos realidades a lo largo de las diversas secciones. Dividen el evangelio en tres bloques narrativos: capítulos 1-12; 13-17; 18-21. El estudio de estos pasajes se somete a un buen análisis exegético y antropológico en busca del modelo o modelos que ha podido seguir el evangelista. Son incontables las claves y puntos de referencias socioculturales que se ofrecen, y que parecen reflejarse en el texto del cuarto evangelio. La bibliografía aportada por los autores, sobre todo en relación con la antropología y sociología es muy rica; menos rica, a mi manera de ver, es la relativa a la parte exegética.

Estamos ante una obra novedosa por el tratamiento ya que se ha sabido conjuntar la exégesis con la sociología, en la que ambas quedan mutuamente enriquecidas. Es cierto que en cualquier interpretación exegética, si se precia de tal, han de tenerse en cuenta esas dos realidades. También conviene reseñar que este modo de estudiar al discípulo ofrece nuevas dimensiones a la comprensión de los seguidores de Jesús en el escrito joaneo. Las fiestas cobran un nuevo sentido, así como toda referencia a los diversos ritos que aparecen. El libro clarifica muchas cosas.

Una de las bases para la identificación de lo narrado con la época del evangelista es el argumento ya clásico de la expulsión de los cristianos de la sinagoga, que tuvo lugar en el último cuarto del siglo primero. Este dato es válido, pero no puede encumbrarse a rango de absoluto como parece sugieren los autores. Juan tiene también una gran memoria histórica, y aunque el último redactor ha armonizado bien el conjunto, ésta le traiciona algunas veces; piénsese en el caso de introducir a Anás en el proceso de Jesús, etc. Juzgo que realizar la lectura de Juan sólo desde la perspectiva de identificar al seguidor de Jesús, entendiéndolo en forma restrictiva, no da cuenta de la riqueza del evangelio. No se puede negar que en cada uno de los pasajes se expresa la fe de los discípulos, pero ésta surge de la experiencia profunda de Jesús a la que no parece aludirse en nuestra obra. La experiencia de la persona de Jesús ha generado el evangelio de Juan, que luego éste ha vertido atendiendo a numerosas perspectivas; de otra forma no son explicables muchos pasajes; y ahí también debiera aplicarse la antropología. El eje central es un canto a Cristo al que sirven los numerosos horizontes a los que se abre el evangelio. Una de esas perspectivas viene constituida por modelos antropológicos que forman los diversos grupos religiosos, pero se dan otras. Los pasajes del evangelio de Juan, casi todos llenos de esplendor y de riqueza, quedan sumamente mermados en la lectura que hacen nuestros autores. Se da cuanto ellos dicen, pero hay más. Bastaría recordar el de la Samaritana o el relato de la Pasión para percatarse de ello. El evangelio se sirve de todo cuanto le ayuda a conseguir la comprensión de la persona de Jesús. Por lo demás, hoy es generalmente admitido que la comunidad estaba integrada por diversos grupos, que el escrito trata de armonizar, y que probablemente no se llegó a una determinada uniformidad hasta que fue compuesta la primera carta joánica.—SC.

EUGENE LA VERDIERE, *Comer en el Reino de Dios. Los orígenes de la Eucaristía en el Evangelio de Lucas*, Sal Terrae, Santander 2002, 229 pp. ISBN: 84-293-1460-1.

En una de las comidas en las que participó Jesús en casa de un fariseo, tras curar a un hidrópico en sábado y tras un pequeño discurso sobre la elección de puestos en los banquetes, un comensal anónimo exclama: *¡Dichoso el que pueda comer en el Reino de Dios!* (Lc 14,15). Con ello parecía captar que el discurso de Jesús sobre los banquetes —en los que Él participó frecuentemente— no hacía referencia a una mera cuestión de protocolo sino que tenía un alcance mucho mayor. Eran un anuncio del reino. Esta idea, así como la importancia y centralidad que tiene la comida compartida en la vida comunitaria de la que se convierte en momento importante, en paraliturgia, en epifanía de la Iglesia local (algo que ya supo captar muy bien D. Bonhoeffer en su *Vida en comunidad*), constituyen el punto de partida del análisis de E. La Verdier de las comidas en el evangelio de Lucas.

No faltan en español buenos análisis de lo que se ha venido en llamar la triple raíz o el triple origen de la eucaristía: las comidas del Jesús histórico, la última cena y los banquetes del resucitado con los discípulos. Desde que autores como F. Hahn, H. Lietzmann y O. Cullmann —por poner los ejemplos más representativos— insistie-